

SIEGFRIED KRACAUER

# HISTORIA

Las últimas cosas antes  
de las últimas

Traductores  
Guadalupe Marando y  
Agustín D'Ambrosio



LAS CUARENTA



Para las mentes del siglo XIX, cualquier justificación de este tipo debe haber parecido infundada. Tanto Comte como Marx cortan radicalmente el cordón umbilical entre los principios cristianos y las leyes históricas universales. Las leyes propuestas por ellos poseen un carácter puramente immanente y reclaman validez científica. No pretendemos sugerir que la consagrada pregunta respecto del significado de la historia haya dejado indiferentes a los dos pensadores. Por el contrario, sus leyes equivalen a intentos por enfrentarse con ella. Sin duda, en una época resuelta a poner al hombre sobre sus pies, esta pregunta ya no admite soluciones que impliquen supervisión ni interferencia divinas. Pero la cuestión persiste y exige respuesta. En consecuencia, a las ideas seculares de progreso y evolución se les encarga de manera creciente la tarea –¿o acaso debería decir que se las sobrecarga con ella?– de reemplazar la interpretación teológica de la historia. Y bajo el peso de las connotaciones que de este modo se acumulan alrededor de estas ideas, el movimiento ascendente hacia el Más Allá es proyectado al plano horizontal; las metas temporales vienen a reemplazar las esperanzas escatológicas.<sup>34</sup> Marx y Comte se valen de estas ideas, aunque de manera diferente; y con su ayuda no solo evalúan el significado del proceso social, sino que intentan precipitar lo que, según creen, será su realización. Las leyes que proclaman sirven también como palancas de la reforma política; asumen la función adicional de programas de acción.

Ahora bien, estas leyes –que aquí revisten interés solo en su capacidad de enunciados científicos– comparten una característica básica: se conciben como leyes naturales; descansan sobre la suposición de que la historia humana es idéntica a la historia de la naturaleza, una naturaleza que se imagina capaz de evolución. La famosa “ley de los tres estadios” de Comte, que gobierna el desarrollo progresivo de las diversas ciencias y, por extensión, la totalidad de la historia (europea), posee todas las marcas distintivas de una ley natural general de estas características. Marx también sostiene que la naturaleza y la historia no pueden ser separadas una de la otra y, consecuentemente, niega cualquier tipo de diferencia metodológica entre las ciencias de la historia y las ciencias naturales.<sup>35</sup>

Su así llamado materialismo histórico da testimonio de esto. Al intentar equiparar la historia documentada con una sucesión progresiva de conflictos de clase originados en las inevitables contradicciones, en cada estadio consecutivo, entre las pujantes fuerzas de producción en avance y la estructura económica existente de la sociedad, Marx somete el proceso histórico a la misma clase de necesidad que estamos acostumbrados a atribuir al funcionamiento de la naturaleza.<sup>a</sup>

Una vez más, ¿qué hay acerca de la validez de estas leyes? Muchas de las objeciones que se alzan en su contra se relacionan con el modo más bien arbitrario en que tratan los datos de que disponen. Ha sido señalado con acierto, por ejemplo, que la historia premoderna no encaja en el esquema marxiano; que Marx, de hecho, tensa en exceso sus conceptos de “clase” y “conflicto de clases” al aplicarlos al pasado.<sup>36</sup> Y nada podría ser más legítimo que el veredicto de Dilthey acerca de la inapropiada abstracción de la doctrina de Comte: “Todas estas imágenes abstractas de los filósofos de la historia no hacen más que representar una y otra vez el curso real de la historia en escorzos”.<sup>37</sup> Pero al conceder voz, así, a la arraigada sospecha del historiador respecto de los enunciados filosóficos generales, Dilthey también da a entender que los errores fácticos de Comte y Marx —o de Buckle, de hecho— deben ser en parte atribuidos al carácter universal de sus leyes respectivas. A causa de su enorme distancia de la realidad histórica, tales leyes universales no pueden de ningún modo evitar colocar el material en una perspectiva propensa a distorsionarlo y/u omitir grandes porciones de él.<sup>b</sup> Su más o menos inevitable inadecuación a los hechos es una deficiencia accesoria.

Y esto conduce a sus deficiencias realmente esenciales. Maravillados por las ciencias naturales triunfantes, aquellos creadores de leyes del siglo

a. Me apresuro a agregar que no lo hace todo el tiempo. En más de una ocasión, admite el posible impacto de las acciones humanas en el cambio histórico; así, parece sostener que la humanidad hoy se ve enfrentada a la alternativa de realizar el socialismo o caer en la barbarie. Hay actualmente una tendencia a destacar este aspecto no naturalista de la dialéctica de Marx. ¿Se trata del aspecto decisivo? Sin negar la importancia de tales inconsistencias, creo que el Marx que pensó que había descubierto la ley que controla la “prehistoria” reviste una significación filosófica e histórica mayor a la del Marx casi existencialista que algunos de sus exégetas actuales —por ejemplo, Sartre— destilan de sus escritos.

b. Estoy tocando aquí el problema sustancial de las relaciones entre lo general y lo particular. Algunos aspectos de este problema serán discutidos en los Capítulos 5 y 8.

XIX las edifican a partir de dos premisas que son ciertamente vulnerables. La primera —la identificación de la historia con la naturaleza— ya ha sido señalada. Necesariamente produce leyes que, por definición, no solo minimizan excesivamente el papel de las contingencias en la historia, sino que, y esto es aún más importante, excluyen la libertad de elección del hombre, su habilidad para crear nuevas situaciones. Reconocen, en lugar de ello, una suerte de evolución natural, a fin de tomar en consideración la idea de progreso sin tener que romper con el determinismo estricto. Cuando Marx, el científico de orientación determinista y el dialéctico de inspiración hegeliana, exhorta a los trabajadores a unirse y sacudirse las cadenas, les concede una libertad que es, en efecto, un simulacro; su única función es acelerar un proceso que de todos modos habría de recorrer su curso previsto. Para él, dicho proceso es una necesidad tan vinculante como cualquier ley física. De modo que recurre a ella para hacer predicciones, a la manera de una ciencia natural, que a su vez refuerzan sus exhortaciones. A este respecto, también, su actitud es del mismo tipo que la de Comte. Sin embargo, la misma libertad que ambos arrojan por la borda, posteriormente alza su cabeza y desmiente sus pronósticos. Comte fue un fracaso como profeta. Y Marx resultó estar abismalmente equivocado al predecir que, bajo el capitalismo industrial, aumentaría forzosamente la pauperización, y que su aumento revolucionaría de manera creciente al proletariado. La misma evolución económica y tecnológica que previó dio origen, en países capitalistas avanzados, a cambios políticos que efectivamente alteraron el curso predicho. Con toda seguridad, estos cambios —sindicatos fuertes, democratización de los gobiernos, etc.— también debían algo a las difundidas aprensiones que despertó el propio augurio marxiano. Fue “autofrustrante”, para emplear un término de Carr.<sup>38</sup>

La otra premisa sobre la que se asientan estas leyes introduce la cuestión del tiempo histórico. Como Comte y Marx piensan la historia humana en términos de historia natural, dan con tanta mayor razón por descontentado que, como cualquier proceso físico, la historia se desenvuelve en un tiempo cronológico medible. Para ellos, el proceso histórico equivale a un movimiento lineal: una necesaria y significativa sucesión de períodos a lo largo de un *continuum* del tiempo que se extiende indefinidamente hacia el futuro temporal. En otras palabras, confían incondicionalmente

en la magia de la cronología.<sup>39</sup> Pero, ¿y si su confianza resulta ser injustificada? ¿Si el tiempo del calendario no es el medio todopoderoso que suponen que es, sino también, un flujo vacío e indiferente que arrastra consigo un conglomerado de acontecimientos inconexos? ¿Si, paradójicamente, ese flujo unidimensional debe imaginarse como siendo y no siendo al mismo tiempo el portador de todas las fuerzas y los desarrollos históricos significativos? Entonces, el proceso histórico que evoluciona en el tiempo cronológico asume un carácter ambiguo; es, incluso, un proceso fantasma; y su ambigüedad infaliblemente repercute sobre las leyes que supuestamente lo gobiernan. Al anticipar aquí cuestiones que solo pueden ser abordadas más tarde,<sup>4</sup> simplemente deseo sugerir que la concepción del tiempo histórico de Marx y Comte, lejos de ser evidente, plantea problemas ni siquiera percibidos por ellos. Y esto desacredita aún más sus declaraciones sobre el curso de la historia humana.